

apuntes maestros

Ana Catalina Reyes Cárdenas

La fragmentada

Unión Nacional

Síntesis política del gobierno
de Mariano Ospina Pérez
(1946-1950)

Rectoría



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

En este libro el lector encontrará una lúcida presentación de las diferentes fuerzas políticas y sociales, del papel de la Iglesia, de los vaivenes electorales, del gaitanismo y sus programas, de las incongruencias de Gaitán a partir del momento en que se convierte en jefe del Partido Liberal, de la posición del oficialismo liberal, de las diferentes versiones del Partido Conservador y de las manifestaciones extremas de Laureano Gómez y del periódico *El Siglo*, del papel del Partido Comunista, de la política sindical y las centrales obreras, del 9 de abril, de los logros administrativos del Gobierno, de los esfuerzos del presidente Ospina para mantener la Unión Nacional y cómo “fue víctima de innumerables presiones por parte de su Partido para mantenerla”, hasta que al final decidió ceder [...].

[Este libro] es el reconocimiento a Ana Catalina Reyes, una historiadora consagrada, ligada profundamente a la universidad, que en decenas de artículos y en sus libros exploró diferentes momentos y aspectos de la historia de Colombia.



La fragmentada Unión Nacional

*Síntesis política del gobierno de Mariano
Ospina Pérez (1946-1950)*

Colección *Apuntes Maestros*
Colección de la Rectoría
de la Universidad Nacional de Colombia



Arte, filosofía y ciencia, como miradas diversas de la realidad compleja, se entrelazan en el gran árbol del conocimiento que a diario florece en la academia.

La Colección *Apuntes Maestros*, de la Rectoría de la Universidad Nacional de Colombia, presenta a la sociedad aquellos frutos exquisitos y maduros del árbol del saber, que por décadas se han conformado gracias al trabajo y la creatividad de intelectuales de gran reconocimiento en el mundo académico, *Maestros* en el sentido pleno de la palabra.

Los textos que contienen este volumen son una expresión duradera y depurada de la calidad intelectual de su autora, sus aportes a la cultura, la ciencia y la academia. En definitiva, este libro es el justo homenaje al pensamiento creativo y maduro de quien por años ha dedicado su vida al conocimiento y el saber.

DOLLY MONTOYA CASTAÑO
Rectora

Ana Catalina Reyes Cárdenas

La fragmentada Unión Nacional

Síntesis política del gobierno
de Mariano Ospina Pérez
(1946-1950)



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA
Rectoría

Bogotá, D. C., 2021



Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual
CC BY-NC-SA

Universidad Nacional de Colombia

*Ana Catalina Reyes Cárdenas, La fragmentada Unión Nacional.
Síntesis política del gobierno de Mariano Ospina Pérez (1946-1950)*

RECTORA

Dolly Montoya Castaño

EDITOR DE LA COLECCIÓN

Gustavo Silva Carrero

DISEÑO DE LA COLECCIÓN

Marco Aurelio Cárdenas

Primera edición: Bogotá: 2021

Editorial Universidad Nacional de Colombia

Bogotá, D. C., Colombia



CONTENIDO

PRÓLOGO	XI
<i>Álvaro Tirado Mejía</i>	

INTRODUCCIÓN	1
<i>Ana Catalina Reyes</i>	

PARTE I

OSPINA LLEGA AL GOBIERNO, 1946	7
<i>La candidatura de Ospina Pérez</i>	
<i>Situación del Partido Liberal</i>	
<i>Primera ruptura del gobierno de Unión Nacional</i>	

EL MOVIMIENTO GAITANISTA, 1947	25
<i>Elecciones, marzo de 1947</i>	

LA PLATAFORMA IDEOLÓGICA DEL MOVIMIENTO GAITANISTA	33
---	----

EL FUNCIONAMIENTO DE LA UNIÓN NACIONAL, 1947	39
---	----

GESTIÓN ECONÓMICA Y ADMINISTRATIVA	53
<i>Decenio de la posguerra (1944-1954)</i>	
<i>La administración de Ospina</i>	
<i>Reformas sociales del gobierno de Ospina</i>	
<i>Política agraria</i>	
<i>Reforma tributaria</i>	
<i>Política cambiaria</i>	
<i>Indicadores económicos del periodo</i>	

La fragmentada Unión Nacional.

VIII Síntesis política del gobierno de Mariano Ospina Pérez (1946-1950)

EL MOVIMIENTO SINDICAL 79

La Confederación de Trabajadores de Colombia

El paro nacional

La Unión de Trabajadores de Colombia

UNA POLICÍA AL SERVICIO 89
DEL CONSERVATISMO

La Policía

LA EDUCACIÓN EN EL GOBIERNO 95
DE UNIÓN NACIONAL

El viraje conservador, 1946-1952

La reestructuración del Ministerio de Educación

Reformas a la primaria y la secundaria

La alfabetización

El Icetex

Educación de la mujer

La política educativa en la educación superior

PARTE II

EL RECRUDECIMIENTO DE LA VIOLENCIA 109

Los meses anteriores a la violencia

Situación política antes del 9 de abril

Segunda ruptura de la Unión Nacional

EL 9 DE ABRIL Y SUS CONSECUENCIAS 123

Nuevo intento de Unión Nacional

Medidas económicas

La oposición conservadora al gobierno de Unión Nacional

Actividad del Congreso, 1948

Los gobiernos cruzados

EL MOVIMIENTO COMUNISTA 141
EN COLOMBIA, 1946-1950

El contexto internacional

Situación del Partido Comunista Colombiano

LA CRISIS DEL ESTADO, 1949	155
<i>El Partido Liberal</i>	
<i>El Partido Conservador</i>	
<i>La violencia preelectoral</i>	
<i>La Iglesia y la violencia política</i>	
<i>La ruptura de la Unión Nacional</i>	
<i>Los militares en el Gabinete</i>	
<i>Las elecciones de junio, 1949</i>	
<i>El enfrentamiento entre el ejecutivo y la rama legislativa</i>	
<i>La violencia en el Parlamento</i>	
<i>La violencia se apoderó del país</i>	
EL QUIEBRE PARCIAL DEL ESTADO	191
<i>La última propuesta de paz</i>	
<i>Gómez presidente</i>	
BIBLIOGRAFÍA	205
ÍNDICE CRONOLÓGICO DEL GOBIERNO DE UNIÓN NACIONAL	209
ÍNDICE TEMÁTICO	217
ÍNDICE ONOMÁSTICO	221

PRÓLOGO

*Álvaro Tirado Mejía*¹

El historiador venezolano Germán Carrera Damas, refiriéndose a la historiografía de su país a finales del siglo pasado, expresó que esta tenía horror a lo contemporáneo, frase que, con sus matices, bien puede acuñarse a la producción de la historia política en Colombia. Con la creación de los programas universitarios, con el aporte de los historiadores extranjeros que vinieron al país para desarrollar sus tesis doctorales, con la gran cantidad de estudiantes colombianos que han realizado sus estudios de posgrado en universidades del exterior y con la apertura intelectual que ha vivido el país, los estudios históricos en Colombia han avanzado notoriamente. Si hace cincuenta años la historiografía en México, Argentina, Chile y Perú era más avanzada que la de Colombia, hoy en día no podría hacerse esa afirmación. Por el contrario, nuestra investigación histórica se encuentra en la avanzada. La historia económica, que no se practicaba hasta hace medio siglo, tuvo luego un amplio desarrollo que se ha fortalecido en los últimos años. En la medida en que los nuevos historiadores auscultan los archivos, los estudios coloniales han tenido un gran avance, enriquecido este por una visión más amplia y comprensiva. Ahora se abocan como objetos de estudio, y con una valoración diferente, sectores ignorados o menospreciados como la población negra y la indígena, de la misma manera que los estudios de género. Hoy en día se ha enriquecido la gama temática de los historiadores al incorporar la demografía, la antropología, la etnología, la historia de la cultura, de la ciencia, etc. Las conmemoraciones de los doscientos años de la independencia han incentivado una producción seria y novedosa en la información e

¹ Profesor Emérito de la Universidad Nacional de Colombia

interpretación de ese periodo determinante. La violencia, que con sus mutaciones ha estado presente en la historia del país, se ha constituido en objeto central de historiadores, politólogos y periodistas, hasta el punto de que ha surgido una nueva categoría académica bajo el nombre de “violentología”. Pero no ha sucedido lo mismo con la historia política del siglo xx y especialmente con la contemporánea, no obstante algunos trabajos y el surgimiento de memorias y biografías, algunas de estas con un marcado toque hagiográfico. Precisamente, la Universidad Nacional de Colombia al publicar este trabajo de la profesora Ana Catalina Reyes, sobre la dinámica política en el gobierno de Mariano Ospina Pérez, quiere contribuir a llenar ese vacío.

Por muchas razones el gobierno de la Unión Nacional (1946-1950), así lo denominó el expresidente Mariano Ospina Pérez, es uno de los más interesantes como objeto de estudio para el historiador y el analista social. Se desarrolló en un periodo de intensos cambios y acomodamientos en lo internacional y en lo interno, y por esa razón estuvo marcado por las contradicciones, confrontaciones, ajustes y desajustes propios de lo que se podría denominar “gobiernos bisagras”, que actúan como puente entre un sistema o régimen que se acaba y otro que se establece. En lo externo, ese gobierno se inicia cuando aún resonaba el eco de los últimos disparos en la Segunda Guerra Mundial y la escena era iluminada con el resplandor trágico de las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki. A partir de allí, y durante todo el siglo xx, se dio la confrontación política e ideológica que dividió al mundo en dos sistemas que por diferentes medios lucharían por el predominio mundial. Salíamos de la Guerra Mundial, precedida de la Guerra de España, para entrar en la Guerra Fría. El avance del Ejército Rojo, al final de la contienda, sirvió de soporte a la dominación que la Unión Soviética implantó en Europa Central. El Ejército de Mao se consagró victorioso en 1949. Luego vino la Guerra de Corea, y se iniciaron en África y Asia los movimientos de liberación nacional contra el moribundo colonialismo. Se oficializaron los bloques militares, la OTAN de los Estados Unidos y Europa Occidental, y el Pacto de Varsovia entre la Unión Soviética y sus satélites. Para el territorio americano se creó el TIAR en 1947 y, en 1948, en Bogotá se oficializó la Organización de Estados Americanos, OEA. Estados Unidos padeció el Macartismo y en su política exterior para América Latina se apoyó en dictaduras militares, de tal manera que hostigó y derrocó los gobiernos indóciles así fueran democráticos, como

ocurrió con el de Rómulo Betancourt en Venezuela y poco después con el régimen de Jacobo Árbenz en Guatemala.

En lo interno la situación de transición fue mucho más compleja. La República Liberal (1930-1946) en gran parte cayó como consecuencia del desgaste y de las divisiones internas del Partido gobernante. Pero la victoria de los conservadores no fue contundente, y por el contrario, Ospina Pérez tuvo que gobernar con un Partido minoritario y a la vez dividido. En las elecciones presidenciales de 1946, la suma de los votos liberales por Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán superaron a los de Ospina, situación que se mantuvo durante todo el periodo. Los conservadores lograron la presidencia, pero los liberales seguían siendo mayoritarios en el Senado, la Cámara de Representantes, las Asambleas, los Concejos, y tenían representación mayoritaria en el Poder Judicial. El Ejército y la Policía estaban en manos de los liberales. Revertir paulatinamente esa situación en medio de una tremenda agitación social condujo a la violencia en medio de choques.

El liberalismo en el poder había adelantado importantes cambios en diferentes esferas: en el terreno sindical y de las relaciones entre patronos y trabajadores, en el campo agrario con miras a la modernización y a clarificar el derecho de propiedad, en el terreno de las obras públicas, pero sobre todo en lo ideológico y en el campo de la educación con una visión laica y la difusión de la educación pública. La Reforma Constitucional de 1936 amplió la dimensión de los derechos políticos y sociales y consagró el intervencionismo de Estado.

El presidente Ospina Pérez, en contra de lo que había sostenido su Partido en la oposición, puso en práctica el intervencionismo de Estado: mantuvo una política proteccionista para favorecer a la industria, propició obras importantes de interés social como las represas del Sisga y del Neusa, respaldó la naciente Flota Mercante Grancolombiana, impulsó la creación de la siderúrgica de Paz del Río, se creó Ecopetrol, se impulsó el Fondo Algodonero Nacional, y se dio origen al Instituto de Seguros Sociales. Ospina Pérez conocía y practicaba la doctrina social de la Iglesia católica, en la versión paternalista de León XIII, y en esa dirección promovió la dotación de calzado para los trabajadores y las prestaciones sociales. En el ámbito sindical, apoyado por los jesuitas y un sector del clero, propició el surgimiento de una nueva central obrera: la Unión de Trabajadores de Colombia -UTC-, con el objeto de disminuir el poder y la presencia de la Confederación de Trabajadores de Colombia -CTC-, de creación

liberal. Pero el campo principal de controversia se situó en el aspecto ideológico, y muy especialmente en el terreno de la educación y la cultura. En el gobierno de Ospina se adelantó una contrarreforma educativa, se reorganizó el Ministerio de Educación, se modificó el pensum de bachillerato, y se les transfirió la formulación de la política educativa a la Iglesia y al sector privado. Como se anota en este libro “Ospina Pérez allanó el camino para la contrarreforma educativa de Laureano Gómez”, y podría agregarse, también, para su tipo de gobierno. El caballo de batalla del Partido Conservador contra el liberalismo y los gobiernos liberales era asimilarlos al bolchevismo, al comunismo. Comunista llamaron a la Reforma de 1936, al desarrollo de la educación pública, a la ampliación de los derechos políticos y sociales, muy especialmente a lo que tenía que ver con la aceptación del pluralismo, al acceso de la mujer a la universidad, al libre examen, etc.

La vida política estuvo especialmente convulsionada durante este periodo. Se trataba de un gobierno minoritario que trató de mantenerse con posturas conciliadoras, pero también jugar a la transición y a abrir el paso a un gobierno hegemónico. Ospina tenía que navegar en aguas tempestuosas por el aspecto minoritario de su Partido, pero también porque este no era compacto, estaba dividido; además una porción importante, posiblemente mayoritaria, comandada por Laureano y Álvaro Gómez en el Congreso y desde el periódico *El Siglo*, quería acelerar el ritmo e imponer una administración revanchista, permeada por lo que estaba pasando en España con marcado tono falangista. Ospina, que dentro de su Partido pertenecía al sector civilista moderado, por razones de convicción y por conveniencia, llamó a constituir un esquema de Unión Nacional, una especie de cogobierno con el Partido Liberal como socio menor. Pero en ese Partido tampoco había unidad. Las elecciones presidenciales demostraron que existían dos tendencias antagónicas: el oficialismo y la corriente comandada por Gaitán. La dinámica de esa trama que se convierte en tragedia es uno de los aspectos mejor logrados del libro. Los intentos de cooperación para gobernar, las rupturas, el poder de los extremos en cada lado, las buenas intenciones sobrepasadas por los acontecimientos, los esfuerzos de Ospina, de un lado, y de Darío Echandía, por el otro, para evitar los rompimientos y que la situación no se desbordara, las fórmulas de gobernabilidad de López Pumarejo que fueron desechadas y solo se tuvieron en cuenta años después, tras el trago amargo de la violencia y de las dictaduras

civiles y militares de los años cincuenta. La política de Gaitán que para llegar al poder y tomarse la conducción del Partido Liberal, con la ayuda de la prensa y los directivos conservadores, tuvo como objetivo la descalificación de su dirigencia -López Pumarejo, Eduardo Santos, Alberto Lleras- e ignoró los avances que esta había propiciado. El fervor que Gaitán suscitaba entre las masas, de otra parte, las fuerzas extremas del conservatismo motejando de tibios a quienes proponían el avenimiento con el contrario para evitar el desastre. Y en medio de todo, una situación social totalmente adversa para los sectores populares, con aumento desmesurado en el costo de la vida, la polarización llevada al extremo, la discriminación social con tintes de racismo, los epítetos descalificadores para asimilar al pueblo con la llamada “chusma”, y del otro lado el término de “oligarca”, para descalificar al contrario. Es decir, el mejor caldo de cultivo para una explosión social como la que se dio el 9 de abril de 1948. Poco a poco se fortalecieron los extremos, la balanza se inclinó, se clausuró el Congreso, se decretó el estado de sitio con lo que ello implicó para la vulneración de las libertades públicas, la violencia se disparó y Ospina cedió ante la presión de los extremistas de su Partido. El camino quedó abierto para la hegemonía conservadora del gobierno siguiente, en manos de los sectores más retardatarios.

En este libro el lector encontrará una lúcida presentación de las diferentes fuerzas políticas y sociales, del papel de la Iglesia, de los vaivenes electorales, del gaitanismo y sus programas, de las incongruencias de Gaitán a partir del momento en que se convierte en jefe del Partido Liberal, de la posición del oficialismo liberal, de las diferentes versiones del Partido Conservador y de las manifestaciones extremas de Laureano Gómez y del periódico *El Siglo*, del papel del Partido Comunista, de la política sindical y las centrales obreras, del 9 de abril, de los logros administrativos del Gobierno, de los esfuerzos del presidente Ospina para mantener la Unión Nacional y cómo “fue víctima de innumerables presiones por parte de su Partido para mantenerla”, hasta que al final decidió ceder, de la posición de Darío Echandía, “el más entusiasta defensor de la Unión Nacional, por lo que tuvo que enfrentar muchas veces la oposición de su Partido”. El lector también encontrará una presentación de la conformación de la Policía Política (POPOL), los Chulavitas, de las consecuencias de haber politizado al Ejército. El título del último capítulo, “El quiebre del Estado”, es concluyente y fiel presentación de lo que sucedió: cómo el Estado se

desmoronó y perdió legitimidad, su ausencia física que fue substituída en muchas zonas por bandas armadas, de cómo la violencia llegó hasta el Congreso y cómo se desborda por el territorio nacional. Es el cuadro de una sociedad totalmente polarizada y dividida.

Este trabajo, que es una de las primeras tesis de grado presentadas en la naciente carrera de Historia en la Universidad Nacional de Colombia, en 1985, ha permanecido inédito como otros de calidad. Su publicación, por parte de la Universidad Nacional de Colombia, tiene como uno de sus objetivos suplir esa carencia e incentivar los estudios en el campo de la de historia política. Pero ante todo, es el reconocimiento a Ana Catalina Reyes, una historiadora consagrada, ligada profundamente a la universidad, que en decenas de artículos y en sus libros exploró diferentes momentos y aspectos de la historia de Colombia. Es también un reconocimiento a su dedicación que dejó una huella profunda en la Universidad Nacional y, en especial en la Sede de Medellín, como docente (Profesora Titular y Emérita), directora y orientadora de muchas investigaciones de sus estudiantes, decana en dos ocasiones de la Facultad de Ciencias Humanas y como vicerrectora.

INTRODUCCIÓN

Es importante realizar una investigación sistemática sobre el periodo 1946-1950, ya que según los datos que se poseen no existe una bibliografía amplia sobre los hechos de esa época en el país. Aunque Hernán Jaramillo Ocampo realizó un estudio sobre la misma etapa, se centró en el aspecto económico y administrativo, y algunos autores norteamericanos citados en este libro —como Dix, Fluharty, Martz, Oquist y Russell— se han referido en forma breve a esta época, ya que su objeto abarca lapsos mucho más amplios. Arturo Alape también produjo valiosos estudios, pero su objetivo apunta fundamentalmente al análisis del 9 de abril de 1948 y sus implicaciones.

Este libro pretende ser una síntesis de las contradicciones políticas y económicas que dieron lugar a una de las épocas más significativas y complejas de la historia colombiana.

El periodo definido es especialmente importante, ya que en él se rompió la convivencia entre los partidos Liberal y Conservador, trayendo como consecuencia el quiebre del sistema bipartidista. En estos cuatro años el espacio democrático abierto por la República Liberal se fue perdiendo gradualmente hasta instaurarse una dura hegemonía política del Partido Conservador, que fue el paso previo a la dictadura civil de Laureano Gómez.

En su primer periodo de gobierno (1934-1938), Alfonso López Pumarejo alentó la participación política del movimiento obrero y no rechazó el apoyo del débil Partido Comunista a su gestión. De esta manera se estableció una relación entre estas fuerzas en el proceso de modernización del país, pero fue el Partido Conservador el llamado a ponerle fin a esta relación en el periodo 1946-1950. Es necesario aclarar que desde la corta administración de Alberto Lleras Camargo (1945-1946) se dieron pasos importantes en el deslinde del liberalismo con fuerzas comunistas y socialistas. Lleras Camargo renunció al carácter de mediador en

los conflictos obreros que había asumido el Estado en las administraciones de López Pumarejo, al reprimir de forma drástica la huelga de la Federación Nacional del Transporte Fluvial, Marítimo y Aéreo (Fedenal), el más poderoso sindicato de Colombia en esa época.

La relación mantenida por López Pumarejo con la Confederación de Trabajadores de Colombia (CTC) y con el Partido Socialista y Democrático (nombre que adoptó el Partido Comunista en esta época) se hacía inconveniente para la élite dirigente, en un momento en que el país entraba en un periodo de fuerte industrialización, cuyo peso se descargó sobre las masas populares, y en el que las condiciones internacionales habían cambiado. Durante la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos se unió con la Unión Soviética para conformar un bloque que se opusiera al nazismo alemán y al fascismo. Esto permitió que las contradicciones con los comunistas quedaran relegadas a un segundo plano.

En Colombia esta política se reflejó en el establecimiento de relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y en la no discriminación a los comunistas a partir de 1936. Al terminar la Segunda Guerra Mundial las condiciones cambiaron. Estados Unidos deslindó campos con la Unión Soviética e implementó a partir de 1946 la política anticomunista conocida con el nombre de Guerra Fría.

El Partido Conservador hizo eco de la campaña de la Guerra Fría. Aprovechó el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán y el 9 de abril de 1948 para inculpar a los comunistas. Con la furiosa campaña anticomunista, los conservadores, más que atacar al comunismo local que era una fuerza política francamente débil, lo que pretendían era la destrucción de la CTC y del Movimiento Obrero Organizado. Al mismo tiempo, bajo el manto del anticomunismo, Laureano Gómez señaló al Partido Liberal como una organización infestada de esta ideología y por tanto indigna de gobernar y de existir. Esta campaña tomó visos de cruzada religiosa al alinearse el clero de forma irrestricta con el Partido Conservador.

Los partidos Liberal y Conservador, aquejados al principio del periodo por numerosas divisiones, a medida que se polarizaba el conflicto bipartidista y la violencia llegaba a límites escandalosos, se agruparon frente al ataque del adversario.

La violencia política fue aumentando con la anuencia implícita o explícita del Gobierno hasta invadir los diferentes estratos de la

sociedad, e incluso llegó al Parlamento, donde hubo enfrentamientos físicos y muertos. Las relaciones entre liberales y conservadores quedaron rotas aun en el plano personal.

Al inaugurarse el gobierno de Unión Nacional en 1946 la situación política se presentó difícil para el nuevo presidente, Mariano Ospina Pérez, quien representaba el ala moderada de su Partido y tuvo que afrontar y finalmente ceder ante las exigencias de la política extremista de Laureano Gómez y su grupo. Al iniciar su mandato, Ospina, quien fue un presidente de minorías, pues el Partido Liberal controlaba todos los organismos del Estado, intentó gobernar llamando a ambos partidos a formar una coalición a la que bautizó con el nombre de Unión Nacional. Los liberales tuvieron una amplia representación en el Gabinete ministerial y varios miembros de ese Partido fueron nombrados gobernadores y alcaldes. En los dos primeros años del periodo (1946-1948) el Partido Liberal se encontraba demasiado dividido como para poder adelantar una política coherente de colaboración con Ospina, o, por el contrario, una oposición seria y recia que hubiera servido de dique a los deseos hegemónicos del sector laureanista del Partido Conservador.

El gaitanismo se vio enfrentado a una dura oposición por parte del sector oficial del Partido Liberal (fundamentalmente del santismo). Gaitán, como jefe del Partido Liberal, tuvo que afrontar la falta de colaboración de los jefes tradicionales. Sin el apoyo de su propio Partido, asumió numerosas veces posiciones vacilantes en relación con el régimen conservador. Temeroso de que sin el apoyo institucional de su Partido no podría llegar a la Presidencia en 1950, no optó por una clara política popular y democrática.

La primera parte de este libro apunta a señalar el desarrollo de las contradicciones internas de los partidos, en particular la que se dio entre el sector santista y los gaitanistas en el interior del liberalismo y que entrabó el funcionamiento de la Unión Nacional. La política en los primeros años de la Unión Nacional estuvo guiada por dos figuras que le imprimían un rumbo al país desde perspectivas diferentes: Jorge Eliécer Gaitán y Laureano Gómez. Después de la muerte de Gaitán ambos partidos lograron unificarse. La posición moderada y pragmática de Ospina se vio arrollada por el extremismo fanático de Laureano Gómez.

En la segunda parte del análisis se procura señalar cómo la implantación de una hegemonía conservadora contribuyó notablemente al

aumento de la violencia. Esta hegemonía llevó al desconocimiento de los derechos legales del Partido opositor, el liberalismo, hasta el grado de que muchas veces el derecho a la vida de los militantes de ese Partido fue ignorado. Por la acción de la violencia se dio un quiebre parcial del Estado. Los organismos estatales perdieron legitimidad para vastos sectores de la población, y en muchas regiones hubo una total ausencia física de él.

Como resultado de esta situación se estableció la fuerte dictadura civil de Laureano Gómez, que borraría los resquicios de democracia que pervivían en 1950.

Aunque el objeto de este libro es el estudio del conflicto político, en el primer capítulo se presenta sintéticamente un panorama de la gestión económica y administrativa del gobierno de Ospina Pérez, y como guía se presenta al final una cronología de acontecimientos significativos del periodo.

PARTE I

OSPINA LLEGA AL GOBIERNO, 1946

En 1946 llegó a la Presidencia de la República el conservador Mariano Ospina Pérez. Su ascenso al poder se debió a una división del Partido Liberal, el cual se presentó a las elecciones con dos candidatos presidenciales: Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán. Para los conservadores fue difícil gobernar después de dieciséis años de República Liberal que habían transformado el país en el plano económico, político y social. El triunfo conservador se circunscribió a la rama ejecutiva, pues el Congreso y la rama judicial continuaban siendo de mayoría liberal. Ante esta situación, Ospina Pérez propuso un gobierno de Unión Nacional.

La Unión Nacional fue, de cierta forma, un intento de lo que se conoció como Frente Nacional. Se trataba de compartir el gobierno con el Partido Liberal. Desde su posesión, Ospina llamó a los liberales a formar parte de su Gabinete ministerial, y nombró varios gobernadores y alcaldes de ese Partido. Ospina, hombre pragmático y modernizante, comprendió que era imposible desmontar dieciséis años de gobierno liberal de un trazo. A pesar de los llamados de sectores de su Partido (los laureanistas), para que organizara una administración hegemonícamente conservadora, prefirió jugar la carta de la Unión Nacional.

Ya en los años treinta, el liberal Enrique Olaya Herrera, quien presidió el gobierno después de cuarenta y cuatro años de hegemonía conservadora, había llamado a los conservadores a un gobierno de “Concentración Nacional”. Al renunciar a la Presidencia en 1945, en medio de grandes tensiones políticas, López Pumarejo había prevenido al país contra los gobiernos de partido, afirmando que estos debían ser reemplazados por un Frente Nacional en el que participaran las dos colectividades como medida para garantizar la paz.

En los primeros meses de gobierno, Ospina intentó implementar un gobierno de Unión Nacional que garantizara una convivencia armoniosa entre los partidos y le permitiera adelantar una administración

eficaz. Sin embargo, la Unión Nacional tuvo numerosos enemigos, el único que parecía confiar en su eficacia fue el presidente.

A Laureano Gómez, jefe único del conservatismo, quien no era hombre de paz ni de convivencia, le incomodaban los liberales en el gobierno. Ospina vio muchas veces su política de Unión Nacional entorpecida por su propio Partido. Los liberales, mayoritarios en el Congreso, las Asambleas y los Concejos vieron en esta propuesta la posibilidad de seguir controlando parte de los puestos burocráticos. Este control, sobre todo a nivel de gobernaciones, era importante para el mantenimiento de la maquinaria electoral. Las divisiones internas de los partidos, los numerosos debates electorales, la pugna política entre liberales y conservadores y el recrudecimiento de la violencia hicieron de la Unión Nacional un fracaso.

En este capítulo se analizan los seis primeros meses de vida de la Unión Nacional. Se le presenta al lector la situación preelectoral, para que comprenda la dinámica posterior que las contradicciones internas de los partidos adoptaron dentro del gobierno de Unión Nacional. Se hace un recuento de los principales conflictos (huelga de choferes de Bogotá y Cali) para destacar cómo, respecto a los problemas de orden público, los partidos Liberal y Conservador adoptaron posiciones diferentes. El liberalismo, hasta antes del gobierno de Lleras Camargo, fue amigo de la transacción y del acuerdo con los sectores populares. El Partido Conservador, por el contrario, desde su ascenso al poder implementó el autoritarismo y la represión a los sectores obreros y populares. Las dos huelgas mencionadas también enfrentaron a los liberales y conservadores en relación con el control de la Policía. Este manejo de las fuerzas del orden se constituyó en uno de los puntos más álgidos de todo el periodo.

La sensación de la mayoría conservadora después del triunfo de Ospina fue que los conservadores lo habían ganado todo, que eran dueños absolutos del poder. Por su parte el liberalismo sintió que no había perdido nada y que se trataba solo de esperar a las próximas elecciones para recuperar la Presidencia.

La candidatura de Ospina Pérez

Mariano Ospina Pérez fue un político de maneras suaves y corteses, poseía un tono de voz pausado, discreto y sin alardes de orador. Estas características, sumadas a su ecuanimidad, favorecieron sus propósitos políticos. No era una figura descollante de su Partido, de

hecho, más que por una brillante carrera política, fue presidenciable gracias a sus parentescos con su abuelo Mariano Ospina Rodríguez —expresidente y fundador del Partido— y con su tío, el general Pedro Nel Ospina, expresidente.

Mariano Ospina Pérez nació en Medellín en 1891. En 1912 se graduó como ingeniero civil en la Escuela Nacional de Minas, la cual había sido fundada por su padre, Tulio Ospina. Posteriormente realizó estudios de posgrado en la Universidad Estatal de Luisiana, en Estados Unidos, y terminó su formación viajando por Europa y realizando algunos cursos en Bélgica. Le interesaban los temas de la producción minera, los ferrocarriles, el cooperativismo y las relaciones laborales. De hecho, se ocupó de traducir al español la obra del ingeniero de minas francés Henri Fayol.

Al regresar al país inició su carrera política, al tiempo que se dedicaba a atender los negocios de café de su poderosa familia. En el plano local, fue superintendente de la empresa más importante de la región: el Ferrocarril de Antioquia; formó parte del Concejo Municipal de Medellín y fue diputado de la Asamblea Departamental de Antioquia. De lo local se proyectó nacionalmente, siendo senador de la República durante el gobierno de su tío Pedro Nel Ospina, y pasó fugazmente por el Ministerio de Obras Públicas durante el gobierno de Miguel Abadía Méndez. En 1927 tuvo una activa participación en la fundación de la Federación Nacional de Cafeteros, la cual dirigió entre 1930 y 1934. Al tiempo no descuidaba los negocios familiares, y también se dedicó al prometedor negocio de la urbanización en Bogotá.

En 1946, a Ospina, de cincuenta y cinco años, se le podría calificar como un hombre pragmático y amigo de los acuerdos. Dada su amplia fortuna personal y sus numerosos negocios, mantenía nexos con gran parte la burguesía liberal. En la coyuntura política apareció como el candidato presidencial ideal para las elecciones de 1946.

Ante un Partido Liberal dividido entre Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán, Laureano Gómez, el estratega conservador, sacrificó su candidatura para imponer el nombre de Mariano Ospina Pérez. Laureano Gómez era consciente de que su propio nombre crearía tal repudio entre el liberalismo que este Partido podría lograr la unión para combatirlo. Por el contrario, Ospina Pérez contribuiría a la desunión y al fracaso del liberalismo. Ospina tuvo acogida en aquellos sectores oligárquicos del Partido Liberal que miraban con recelo a Turbay, y con absoluta hostilidad a Gaitán.

Para hacer más convincente su campaña electoral, Ospina recogió la idea lanzada por López Pumarejo en 1945, quien, al retirarse del poder, manifestó “la necesidad de una colaboración nacional de ambos partidos, que llamó ‘frente nacional’ para poder gobernar” (Tirado, 1977, p. 236); Ospina Pérez prometió un gobierno de Unión Nacional y declaró en la convención de nominación de su Partido:

Los gobiernos de partido están destinados a desaparecer. El sectarismo evoluciona hacia el caos y a la anarquía y no puede controlar el destino de la nación. Si la victoria nos acompaña, todo hombre consciente será un colaborador natural de un gobierno de Unión Nacional [...] No pretendo ser el originador de estas ideas [...] el doctor Alfonso López declaró que la salvación de Colombia radicaría únicamente en la modificación de nuestras tradiciones políticas y administrativas. Considero que la formación de un Frente Nacional era el sustituto necesario para los gobiernos de partido y la única manera de garantizar la estabilidad de la República. (*Ibid.*, p. 248)

La política de Unión Nacional, si bien representó un deseo de convivencia de un sector del Partido Conservador —acaudillado por Mariano Ospina Pérez—, para otro sector mayoritario se reducía a una mera táctica electoral. El Partido Conservador no había sido un bloque homogéneo. Desde el siglo pasado un grupo de conservadores antioqueños abanderaban la disidencia de los “históricos”, que con buen criterio anteponían sus prósperos intereses económicos al sectarismo político de otras fracciones del Partido.

En 1939, a raíz de una matanza que se produjo en la población de Gachetá —bajo el gobierno de Eduardo Santos—, Aquilino Villegas y Laureano Gómez reunieron la convención conservadora de Cundinamarca y aprobaron las prácticas de “la justicia por las propias manos: la venganza y el atentado personal” (Molano, 1983, p. 16), medidas ratificadas por el siguiente editorial de *El Siglo* que aleccionó a los conservadores sobre cómo implementarlas:

Y ahora: si la convivencia es imposible porque la chusma liberal logra espantar al gobierno del señor Santos y obligarle a replegarse con sus ideas de respeto por los derechos de los conservadores, no nos queda más recurso que el derecho natural de la propia defensa, y debemos aconsejar a todos nuestros copartidarios una serie de medidas elementales, mostrando que no somos mancos y que donde quiera que podamos ser fuertes, recataremos por la fuerza nuestro derecho y que es peligroso atentar contra nosotros, más peligroso para los jefes que para las turbas.

Un ejemplo de tales sería elemental:

No reunirnos nunca en donde quiera que nos desarmen; y armarnos por todos los caminos posibles; no reunirnos nunca sino en donde seamos los más fuertes contra cualquiera agresión; organizarnos, secretamente si es necesario, en grupos afines en los barrios si se trata de habitantes de las poblaciones y en las veredas, si se trata de masas campesinas, en grupos resueltos que aseguren la mutua defensa; en donde quiera que sea sabotada una reunión de los nuestros procurar reunirse con suficiente fuerza para sabotear la del adversario. (*El Siglo*, en. 13 de 1939)

A esta política se opuso un grupo de dirigentes del Partido Conservador, entre ellos Mariano Ospina Pérez, Guillermo Ferrero, el general Pedro José Berrío, Julio Caro y Eduardo Zuleta Ángel, quienes presentaron un memorial en el que se analizaba la ilegitimidad de las conclusiones y solicitaban “que se rectifiquen los derroteros señalados por la convención de Cundinamarca y tenga a bien adoptar otras que alejen de la pugna de los partidos la odiosa perspectiva de la violencia” (*Ibid.*, p. 39).

Laureano Gómez no rectificó sus métodos; durante los años de los gobiernos liberales su oposición fue implacable y obstinada. Todos aquellos miembros del Partido Conservador que de alguna forma colaboraran con el liberalismo o se opusieran a su táctica de “acción intrépida” se hicieron acreedores a su hostilidad. Fueron blanco de sus ataques: Roberto Urdaneta Arbeláez, Francisco de Paula Pérez, Pedro José Berrío, Esteban Jaramillo, Jesús María Marulanda, Mariano Ospina Pérez, Augusto Ramírez Moreno, Eliseo Arango y Gonzalo Restrepo Jaramillo (Lleras, 1955, p. 72).

Su consigna “de hacer la República invivible” implicó hacer uso de todos los métodos. En el segundo gobierno de López Pumarejo, periodo lleno de dificultades económicas, Gómez alentó el golpe militar y empleó la calumnia y el escándalo para desprestigiar al presidente López y a los dirigentes liberales (Caso Mamatoco y Handel). En 1945 López renunció en medio de numerosos problemas y tras una intensa campaña de desprestigio adelantada contra él y los miembros de su familia en el periódico *El Siglo* de Laureano Gómez.

Situación del Partido Liberal

En 1945, Alberto Lleras Camargo, liberal de la corriente lopista, asumió la Presidencia en reemplazo de López. Su estilo de gobierno rompe la continuidad de su antecesor. La política con respecto a la

clase obrera y al sindicalismo sufrió cambios drásticos que se constituyeron en el telón de fondo de una tensión permanente entre el Gobierno y los sectores populares, en particular con la CTC. A finales de 1945, durante el gobierno de Alberto Lleras Camargo, estalló la huelga de la Fedenal. Este poderoso sindicato, una de las federaciones más fuertes dentro de la CTC, agrupaba a todos los braceros de los puertos fluviales y marítimos y había sostenido huelgas que habían paralizado al país. De hecho, en 1944 y 1945 había llevado a cabo huelgas políticas, no en la defensa de derechos sindicales ni de reivindicaciones salariales, sino en apoyo al gobierno de López Pumarejo atacado por Laureano Gómez. Posteriormente llamaron a una huelga general contra el golpe militar que se fraguó contra el presidente López en Pasto.

Lo que en 1945 empezó como una huelga en solidaridad con sindicatos textiles —cuyas peticiones habían sido ignoradas por el Gobierno—, se convirtió en un duro golpe contra esta Federación. A pesar de que la CTC y Fedenal esperaban ser oídas, y a que, al estilo de López Pumarejo, el Gobierno mediara entre las partes, la respuesta fue reprimir el movimiento y reemplazar los braceros por soldados que hicieron de esquirolles. Además, una propaganda negra contra la CTC y Fedenal logró llevar a que los principales gremios económicos condenaran la participación política de los sindicatos.

Tanto el Gobierno como algunos sectores del Partido Liberal, los conservadores, y por supuesto los gremios, estaban a la espera de una oportunidad como esta, y por medio de la fuerza pública avasallaron y destruyeron la acción de los trabajadores, que fueron despedidos sin prestaciones sociales. El presidente Alberto Lleras definió en los siguientes términos la situación: “No puede haber dos poderes: uno en el río Magdalena y otro en Bogotá”.

El Gobierno, apoyado por los sindicatos textiles paisas —controlados por los jesuitas y el Partido Conservador—, logró que la prensa condenara a la CTC, y a los comunistas que formaban parte de ella, en los medios de comunicación, incluida la radio. Además logró que la Asociación Nacional de Empresarios de Colombia (ANDI), que había promovido —al menos en el discurso— la colaboración entre patronos y sindicalistas, se pronunciara radicalmente contra el movimiento. La CTC, acostumbrada a encontrar en el Estado un mediador entre ella y los patronos, sufrió un duro golpe en momentos en que se encontraba

resquebrajada por divisiones internas (Oquist, 1978, pp. 228-229). Este manejo del conflicto obrero contrastó con la disposición a la transacción que había sido una línea de conducta de los gobiernos liberales anteriores y rompió las posibilidades de entendimiento con la clase obrera.

Ante la coyuntura, Lleras Camargo llamó a colaborar en su Gabinete ministerial a tres conservadores, y presidió, aun en la opinión de los conservadores, un gobierno bastante imparcial (Alape, 1981) que garantizó unas elecciones limpias y tranquilas. Algunos sectores liberales vieron en su imparcialidad indiferencia con el destino del Partido Liberal que perdía el poder; muchos liberales manifestaron su abierta hostilidad contra el presidente Lleras Camargo (entrevista con Abelardo Forero Benavides, 1985).

El Partido Liberal se encontró dividido para esta contienda electoral. Por un lado, Gabriel Turbay, apoyado finalmente por el sector santista de su Partido y por algunos lopistas, aunque López no le dio su apoyo explícito. De otra lado, Jorge Eliécer Gaitán, combatido por el establecimiento liberal, se enfrentaba a la “oligarquía del Partido”, y desconocía los logros de la República Liberal personificados en Santos, López Pumarejo, Lleras Camargo y demás dirigentes que habían detentado el poder. Su llamado era por la restauración moral y democrática de la República y del Partido Liberal, y su grito de combate era a la carga contra las oligarquías liberales y conservadoras.

El movimiento de Gaitán ejercía una fuerte atracción entre los pobres urbanos y rurales a un nivel nunca antes visto. Convocó fuerzas que eran excluidas de la vida política del país y fue capaz de crear un movimiento popular sin precedentes y que lo seguía como su líder y esperanza de mejor vida.

En las elecciones de 1946 se enfrentarían “el negro Gaitán” —como lo llamaba despectivamente la oligarquía— y el turco Turbay. De este último, muchos incluso cuestionaban su posibilidad de ser presidente debido a que sus padres eran migrantes libaneses. Turbay nació en Bucaramanga, estudió en el colegio jesuita San Pedro Claver y luego obtuvo el título de Doctor en Medicina en la Universidad Nacional. La política le atrajo desde joven y formó parte del grupo “Los Nuevos” al cual pertenecían, entre otros, intelectuales como José Mar, Luis Tejada, Luis Vidales y Moisés Prieto. Participó activamente como representante en la Cámara. Apoyó decididamente la candidatura de Olaya Herrera, a quien defendió de los ataques

de Laureano Gómez. Olaya lo designó ministro de Gobierno, y posteriormente López Pumarejo, en su segundo gobierno, lo nombró ministro de Relaciones Exteriores. Además planteó un ambicioso programa de gobierno que prometía proteger la producción nacional para poner en marcha una economía fuerte y estable. Se comprometía en el mejoramiento de la educación y de las condiciones sanitarias de la población.

Por su parte Gaitán contaba con un amplio recorrido político: fue representante a la Cámara y su presidente, alcalde de Bogotá, ministro de Educación, y de Trabajo. En su programa lanzado en abril de 1946 acuñó por primera vez los términos de “país político” y “país nacional”. El primero solo ocupado de conservar sus empleos, medrar del Estado y controlar las mecánicas del poder, y el segundo vivía de las dificultades, de las duras condiciones laborales, de salud, de educación y de acceso a la cultura, y era ignorado por el primero.

En 1930 Gaitán había lanzado su propio movimiento político: la Unión Nacionalista Independiente Revolucionaria (UNIR). Su plataforma era reformista e invitaba a cambios graduales dentro del sistema capitalista, que beneficiaran tanto a los sectores populares como a los medios y a los empresarios. Sin embargo, el lenguaje que se utilizaba contenía muchas referencias marxistas y nacionalistas muy similares a las de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) del Perú. Pero al lado de este lenguaje también se encontraban referencias a Mussolini, a quien —después de su corto viaje a Italia— Gaitán admiraba y cuya teatralidad y formas políticas imitaba. De hecho, el Partido Comunista se burlaba de Gaitán llamándole “el Mussolini de la panela”. La UNIR no logró penetrar en los sectores sindicales férreamente controlados por el liberalismo lopista y el Partido Comunista; su acción tuvo más impacto entre el movimiento campesino, sobre todo de la zona de Sumapaz y en algunos sectores del sindicato de transporte. En 1934 la UNIR había desaparecido.

Donde es más explícito el proyecto gaitanista es en su discurso de 1945 en el Teatro Colón. En esta ocasión propuso una reforma agraria orientada a favorecer la economía campesina, una reforma tributaria que gravara las tierras y la renta, pero que no afectara las ganancias de los industriales ni los salarios. Propuso además la nacionalización del petróleo y del transporte. También habló de la participación de los obreros en las utilidades de las empresas y de la representación del Gobierno en todas las juntas directivas de las empresas. Para ese momento Gaitán ya

era un fenómeno político que había logrado canalizar el descontento de muchos sectores populares con las promesas incumplidas de la República Liberal (Rehm, 2014).

En el contexto geopolítico generado después de la Segunda Guerra Mundial y el inicio de la Guerra Fría, los conservadores insistían en el argumento de que los liberales eran cripto-comunistas y se constituían en una seria amenaza contra la civilización y la religión católica, mientras los liberales tildaban al Partido Conservador de fascista, de haberse aliado con las potencias del eje y con la causa del general Franco, destruyendo la república española. A esta polarización contribuyó notablemente la Iglesia católica, tanto sus jerarquías como sus sacerdotes, diseminados por toda la geografía del país. Fueron ellos quienes tildaron contundentemente al Partido Liberal como ateo y comunista, y por lo tanto enemigo y perseguidor de la Iglesia católica.

En 1945 Gaitán es proclamado candidato presidencial por una convención popular al margen de los sectores oficiales del Partido. Su campaña fue novedosa: utilizó un lenguaje político diferente, los gaitanistas realizaban desfiles, verbenas, y habían globos y pólvora con profusión; era una campaña dirigida a los sectores populares que producía miedo y desconfianza tanto en el Gobierno como en los conservadores y en el sector liberal santista. Gaitán convocó al pueblo a una lucha contra “la oligarquía”, que para él era más una oligarquía política que económica. Los oligarcas “eran Santos, López, Lleras Restrepo y demás dirigentes liberales de la élite política colombiana” (López, 1955, p.46).

En un país donde los partidos Conservador y Liberal habían monopolizado el poder desde el siglo XIX y se había creado una rígida división entre la élite política y el pueblo, Gaitán lograba superar tal desconexión. Esta élite representaba la vida pública y política de la nación. La política era concebida por ella como la relación entre figuras públicas (Braun, 1983, pp. 228-229).

Esta élite y sus seguidores habitaban el reino del poder y tenían una vida pública; de otro lado, las masas quedaban constreñidas al oscuro mundo de una vida cotidiana. Las masas no tenían ninguna posibilidad de ocupar el escenario de la vida pública y política nacional, ellas solo tenían una existencia anónima y gris. La clase política era la detentadora de los valores culturales. Sus buenas maneras, sus gustos, sus discursos eran promovidos por la prensa y las revistas controladas por la misma élite, como forma de tratar de inculcar sus valores al pueblo.

El pueblo, esa oscura masa, era desdeñada desde el refinamiento europeoizante y los buenos modales de la clase política (López, 1955, p.25).

Gaitán le reconoció una existencia propia al pueblo. Le hablaba con su acento (Bautista, 1984, p. 77). No se ponía por encima de él, lo dignificaba, se sintonizaba con él: “yo no soy un hombre, soy un pueblo”. Gaitán le abrió al pueblo las posibilidades de acercarse al escenario de la vida política, así como López Pumarejo se lo había abierto en 1934 a otros sectores, en especial al proletariado organizado. El pueblo lo siguió con un fervor que rayaba en el fanatismo, y él era la puerta a un mundo negado por la “oligarquía”. Su figura llenaba las aspiraciones populares y asumió la representación de las masas como se traslució en esta consigna agitada por los gaitanistas: “guste o no le guste, cuadre o no le cuadre, Gaitán será su padre”. En el periodo 1944-1948 fue un auténtico líder popular.

En la organización política de los gaitanistas influyó mucho el periódico *Jornada*, fundado en 1944, que al principio solo circulaba los sábados, pero a partir de 1946 también salía los martes. En un inicio su papel fundamental fue organizar las bases y dirigentes gaitanistas de barrios y comandos. Su lenguaje era inminentemente popular y señalaba que la República Liberal era responsable de la pobreza generalizada, de las pésimas condiciones sanitarias de la vida urbana y rural, y de la ausencia de educación. Las condiciones de salud, las continuas epidemias, el tifo, las enfermedades respiratorias y gastrointestinales presentaban un cuadro alarmante agudizado por la ausencia de acueductos y alcantarillados y las muy precarias condiciones de la vivienda.

En *Jornada* se organizaban las movilizaciones, y su éxito también se debió a la alianza que el periódico estableció con espacios radiales como el radio periódico *La Jornada*, que se transmitía por la emisora Voz de Bogotá y el noticiero Últimas Noticias que se transmitía diariamente. La radio alcanzó una gran difusión, pues se adaptaba a los altos niveles de analfabetismo de la población.

El movimiento gaitanista producía en los sectores oficiales del liberalismo el temor a un futuro posiblemente anárquico²; pero además de estos sentimientos, durante el periodo 1944-1946 las principales razones de rechazo por parte del liberalismo oficial hacia Gaitán se pueden reducir a las siguientes:

2 “El triunfo del gaitanismo sería el de la violencia, y principio de una era de conmociones y disturbios que culminaría en la anarquía” (*El Tiempo*, mar. 3 de 1946).

1. La independencia mostrada por Gaitán y su movimiento frente al Partido. En 1944 no aceptó el juicio de la convención de su Partido con respecto a candidatos presidenciales, sino que organizó su propia convención popular (Cordell, 1976, pp. 139, 143).
2. El repudio que Gaitán exteriorizó por todas las administraciones liberales y su negativa a reconocerles mérito alguno. Su mayor repudio se dirigió contra la administración de López. El tema era delicado, ya que el Partido Liberal se sentía orgulloso de su trayectoria y muchos liberales prominentes debían su prestigio y fama al servicio público que habían cumplido durante esa etapa (*Ibid.*).
3. El aprovechamiento que Laureano Gómez hizo en *El Siglo* del discurso crítico de Gaitán enfureció a los liberales, que lo acusaron de traidor e insinuaron una diabólica alianza entre conservatismo y gaitanismo para destruir al Partido Liberal.
4. Se le acusaba de demagogo. Enrique Santos, “Calibán”, sostuvo en *El Tiempo* que las consignas utilizadas por Gaitán no eran sino apelaciones desvergonzadas al odio, a la envidia y a todos los instintos más bajos. Afirmó además que la base total de la campaña de Gaitán era incitar a los desposeídos contra los expropiadores.
5. Los liberales rechazaban el estilo desordenado y a veces tumultuoso del movimiento gaitanista. La cultura de la élite política se sentía resentida ante la “grosería” del movimiento gaitanista. No acostumbrados a la política de masas, veían el movimiento gaitanista como una turba desorganizada. Además, se agregaba una discriminación racial contra lo negro y lo indígena del movimiento gaitanista y del propio Gaitán. La prensa en particular ridiculizaba la malicia indígena, de la cual Gaitán se preciaba de poseer.

RESTAURACIÓN DEL SALVAJISMO



Figura 1. Caracterización del movimiento gaitanista.

El Siglo, 21 de marzo de 1948.

Lo cierto es que el movimiento gaitanista asumió formas exageradamente descorteses e incluso violentas y agresivas contra sus opositores liberales. *El Tiempo* consignó su queja contra las tácticas gaitanistas en los siguientes términos:

[...] la violencia intransigente de que han dado muestras [los gaitanistas] [...] obligan a quienes entendemos el liberalismo ante todo como un criterio de vida, a protestar contra esa actitud antidemocrática que reproduce, grotesca pero exactamente los métodos agresivos sobre los cuales anduvo sus primeros pasos el fascismo italiano de Mussolini y el nacional socialismo de Adolfo Hitler (*El Tiempo*, sept. 21 de 1945).

Hábilmente, Laureano Gómez, como forma de estimular la división liberal, “incluía el uso sutil de los discursos de Gaitán, en particular

aquellos más desfavorables al establecimiento liberal”. A través de su periódico *El Siglo*, Gómez daba extensas noticias sobre las actividades políticas de Gaitán, en una época en la que los dos periódicos liberales principales, *El Tiempo* y *El Espectador*, lo ignoraban mezquinamente³ (Cordell, 1976, p.101).

Ambos bandos liberales se atacaban. Los ataques no fueron solo verbales. Turbay fue herido por simpatizantes de Gaitán durante una manifestación política; igualmente las movilizaciones gaitanistas eran atacadas por turbayistas.

Hábilmente, los conservadores solo dieron a conocer su candidato un mes antes de las elecciones. Pronto el humor popular, ante la división de los liberales, vio la debacle que se venía. En calles y corrillos se repetía el estribillo: “Sube la leche, baja el banano, y el 5 de mayo sube Mariano”.

El resultado de las elecciones presidenciales celebradas en mayo de 1946 fue el siguiente:

Mariano Ospina Pérez:	575.849
Gabriel Turbay:	441.199
Jorge Eliécer Gaitán:	359.957
Total votos liberales:	801.156

Estas cifras reflejan una distribución del 58% para el liberalismo y del 42% para el conservatismo (Jaramillo, 1980, p. 36). En medio de un ambiente de zozobra y de amenazas para impedir que Ospina llegara al poder⁴, este se posesiona el 7 de agosto de 1946. El Ejército debió despejar la Plaza de Bolívar de manifestantes gaitanistas que desde las horas de la mañana se tomaron las calles con aire de provocación (Azula Barrera, 1956, p. 20).

En su discurso de posesión, Ospina Pérez renovó su deseo de realizar un gobierno de Unión Nacional y afirmó:

Bajo mi administración no habrá represalias políticas de las autoridades contra las personas o la propiedad, nadie será despedido de los puestos públicos por razones de partido, yo garantizo firmemente

3 Cf. entrevista de Álvaro Tirado Mejía con Juan Zuleta Ferrer. En ella Zuleta Ferrer cuenta cómo los conservadores antioqueños financiaban y organizaban muchas de las manifestaciones políticas de Gaitán, en Antioquia (*El Tiempo*, oct. 28 de 1984).

4 Ante rumores de golpe generado por el Congreso, el 28 de julio de 1946 Lleras Camargo hace desfilar el Ejército a medianoche. El 7 de agosto, día de la posesión, estalla en las horas de la mañana una bomba en la Plaza de San Agustín (*Semana*, dic. 30 de 1946).

a todos el ejercicio de sus derechos naturales y civiles y cuidaré de que las libertades públicas sean respetadas. Ni la cabeza del Estado ni sus socios o agentes harán algo que parezca siquiera remotamente represalia política contra nadie. (Fluharty, 1981, pp. 103-104)

Mariano Ospina Pérez buscó la colaboración del Partido Liberal y conformó un Gabinete ministerial con miembros de ambos partidos. El Partido Liberal estaba sumido en la división y la crisis. A raíz de las elecciones, López y Santos, los grandes “jefes naturales” del Partido, habían estado nuevamente en discordia. Mientras López se negó a apoyar a Gaitán o a Turbay y lanzó su propuesta de un Frente Nacional, Santos se refirió al Frente Nacional como un “ignominioso harakiri”, y en abril de 1945 le dio su apoyo a Turbay; este, que estaba seguro de su triunfo y sufrió una dura decepción, en un acto desesperado quemó su biblioteca y huyó a París, donde meses más tarde murió (entrevista con Abelardo Forero Benavidez, 1985).

Gaitán prefirió la lucha; consciente de su fuerza popular, decidió confrontar al sector oficial de su Partido. Sabía que el gaitanismo era minoría en el Congreso, por eso concentró sus energías en la lucha por obtener una mayoría parlamentaria en las elecciones de marzo de 1947. El líder, con secreta satisfacción, vio cómo el sector oficial de su Partido se sumió en la crisis. Desde su periódico *Jornada* alentó una oposición contra la “oligarquía liberal”, representada por el sector oficial del Partido. Denunció la colaboración con Ospina en un Gabinete de Unión Nacional como una coalición oligárquica para reprimir las aspiraciones populares. Por su parte, desde la prensa del sector oficialista —representada en *El Tiempo*, *El Espectador*, *La Razón*⁵ y en menor proporción *El Liberal*— lanzaban frecuentes ataques a su política, a su estilo, y sobre todo a su origen social.

Una junta de parlamentarios liberales (fundamentalmente santistas) nombró a Eduardo Santos como jefe único del Partido y eligió una dirección liberal integrada por Alberto Lleras Camargo, Gabriel Turbay, Jorge Eliécer Gaitán, Darío Echandía, Carlos Lozano y Lozano y Roberto Salazar Ferro. Gaitán y Turbay no aceptaron los nombramientos. En octubre de 1946, a raíz de los debates adelantados por un sector de parlamentarios liberales contra López y Lleras Camargo,

5 Periódico liberal dirigido por Juan Lozano y Lozano, liberal partidario de la antigua Acción Patriótica Económica Nacional (APEN), asociación oligárquica que combatió todas las reformas propuestas por López Pumarejo. Este periódico fue el que más hostilidad manifestó hacia Gaitán.

renunciaron a la Dirección Nacional Darío Echandía, Salazar Ferro y Lleras Camargo (*Semana*, dic. 30 de 1946). El Partido Liberal estaba acéfalo. Poco tiempo después, López Pumarejo partió como delegado de Colombia ante la Asamblea de las Naciones Unidas.

Los parlamentarios del sector oficial del liberalismo invitaron al sector gaitanista a que formara parte del comité organizador de la convención del Partido, pero este se retiró por encontrar obstáculos para impulsar una convención popular y democrática. Al parecer Carlos Lleras Restrepo, del sector oficialista, encabezó la oposición a la propuesta de una convención popular (Braun, 1983, p. 88).

En noviembre de 1946, sin el apoyo del sector gaitanista, Eduardo Santos es elegido como director del Partido. La revista *Semana* narra cómo a la salida del Congreso algunos parlamentarios fueron atacados “por las tropas de choque del señor Gaitán y salieron a relucir pistolas” (*Semana*, dic. 19 de 1946). Los conservadores mostraron satisfacción con este nombramiento. *El Siglo* en su editorial comentó:

La elección del doctor Eduardo Santos, quien no ha ocultado su simpatía por el gobierno de Unión Nacional, si alguna significación política tiene, no puede ser otra que la expresión de la conformidad con este nuevo sistema de gobierno y la determinación de amoldar la acción del liberalismo a un ambiente sincero de concordia y armonía. (*El Siglo*, nov. 30 de 1946)

En sus inicios, la Unión Nacional tuvo en el liberalismo oficial —sobre todo en los periódicos *El Tiempo* y *El Espectador*— sus mejores defensores e impulsores. Pero esta luna de miel se vería ensombrecida. La situación de los sectores populares se deterioraba día a día por el incontrolado aumento en el costo de vida. Hubo numerosos pliegos de peticiones en discusión y no pocas huelgas; el Gobierno hablaba de conspiración contra el orden, cuando la situación real era también una necesidad apremiante de aumento en los salarios⁶.

En octubre, a raíz de la escasez en el combustible debido a huelgas en el sector petrolero, estalla una huelga de choferes en Bogotá y en el Valle del Cauca. La Policía, comandada por oficiales liberales, no estaba muy dispuesta a actuar drásticamente. En Bogotá los choferes se tomaron el centro de la ciudad creando desórdenes y apedreando vehículos y edificios. El director de la Policía, general Vanegas, fue llamado al Palacio Presidencial para que controlara la situación, pero pre-

⁶ En 1946, la ANDI recomienda decretar un aumento general de salarios (Pécaut, 1973, p. 211).

firió no reprimir la movilización afirmando que “es preferible esperar a que los muchachos se calmen” y que era mejor utilizar los “sistemas de comunicación porque lo contrario sería contraproducente” (Azula, 1956, p. 224).

Los conservadores se enfurecieron con la actitud del director de la Policía, y Laureano Gómez afirmó: “nosotros hemos recibido la herencia de una Policía enemiga del nuevo régimen, que se cree al servicio del Partido Liberal y no del Gobierno” (*Ibid.* p. 425).

Dos meses después el general Vanegas fue enviado en misión diplomática a Brasil, y se nombró como director de la Policía al general en retiro Delfín Torres Durán, de filiación conservadora (Henderson, 1984, pp. 135-137). Los conservadores comprendieron que era necesario purgar la Policía de elementos liberales e iniciaron su reorganización de manera que favoreciera los intereses de su Partido. Desde ese momento se empieza a promover dentro del Gobierno la creación de la POPOL, o Policía política, que llegaría a validar el asesinato del antagonista como parte de la censura política, y contribuiría de forma decidida a sembrar la violencia en el país.

El paro de choferes de Cali fue solucionado por el gobernador Horroza, de filiación liberal, con medidas transaccionales que contemplaron: la libertad de los detenidos durante el paro, el retiro del Ejército y de la Policía, y la mediación del Gobierno ante empresarios privados para evitar represalias contra los trabajadores. Ospina Pérez desconoció el acuerdo, destituyó al gobernador, declaró el estado de sitio y nombró al general Tamayo como gobernador (*Semana*, nov. 25 de 1946).

Además el Gobierno prohibió mediante decreto “la transmisión de noticias, comentarios sobre sucesos de orden público, movimientos huelguísticos, etc.” (*El Siglo*, nov. 9 de 1946).

Antes de tomar estas medidas, Ospina llamó a Santos, Echandía y otros dirigentes liberales. Apoyando al Gobierno, Santos declaró que: “solo había un propósito de agitación y revuelta, sin dirección ni finalidad clara, pero no menos peligrosa” (*Semana*, oct. 28 de 1946). El manejo que el Gobierno hizo de estos dos incidentes demostró que estaba dispuesto a adoptar la intransigencia frente a los movimientos populares.

El gobierno de Ospina se mostró sordo frente a las protestas, en particular las de la CTC, de influencia comunista y liberal. A diferencia de los gobiernos liberales, que trataron de actuar como mediadores

entre los conflictos obrero-patronales, Ospina se mantuvo al margen de este arbitraje. Muchas veces las huelgas en el sector privado duraron largos meses sin que el Gobierno tomara cartas en el asunto; este tendió a implementar una táctica de desgaste y represión al movimiento obrero organizado.

Primera ruptura del gobierno de Unión Nacional

A finales de 1946, y cercanas las elecciones de 1947, la Junta de Parlamentarios liberales aprobó el retiro del gobierno de Unión Nacional. Aunque esta decisión formaba parte de la estrategia electoral liberal, también hacía evidente el poder incontenible de los gaitanistas, que arrastraba incluso a sectores oficiales del Partido que no querían quedar por fuera del poder (*Semana*, nov. 25 de 1946). A este clima político se sumaba el recrudecimiento de la violencia política en algunas zonas rurales de Santander, en donde los alcaldes conservadores perseguían a los liberales.

La medida tuvo gran trascendencia, pues significó para el Partido Liberal la pérdida de cinco sillars ministeriales, siete gobernaciones y más de 400 alcaldías (*Ibid.*). Por su parte los sectores oficialistas santistas y lopistas la consideraron un error desastroso. *El Tiempo* consideró la decisión de la Junta de Parlamentarios como “el hecho más grave de cuantos le han ocurrido al liberalismo después de la tragedia de las elecciones presidenciales” (*Ibid.*). *La Razón* afirmó: “No podría balancearse exactamente cuál de las dos colectividades históricas pierde más en esta emergencia: si el liberalismo, que entre otras veleidades renuncia al triunfo electoral en el próximo futuro, o el conservatismo minoritario y desprestigiado sin apoyo nacional” (*Ibid.*). *El Espectador* no puso límite a su cólera y en tono contrariado criticó al sector gaitanista en los siguientes términos: “Si no estuviéramos convencidos de que no es sino insensata, tendríamos que calificar de antipatriótica la decisión que adopta ayer la minoría de la mayoría liberal” (*Ibid.*).

La Unión Nacional, ese intento de convivencia entre el Partido Liberal y el Partido Conservador, y que contribuía además a evitar la imagen de gobierno minoritario a los conservadores, era débil y sujeta a las tácticas electorales de los partidos. La conveniencia de mantener la Unión Nacional, ahora que se acercaban las elecciones parlamentarias, era dudosa para ambos partidos. Muchas de las nuevas rupturas de la Unión Nacional se produjeron antes de alguna de

las cuatro contiendas electorales que se realizaron. Durante el periodo 1946-1950 se celebraron las siguientes elecciones: marzo 1947: Congreso; octubre 1947: concejos municipales; junio 1949: Congreso, y noviembre de 1949: presidenciales.

Sectores del conservatismo, dirigidos en ese momento por Guillermo León Valencia, sostenían la necesidad de gobernar solos, sin tener que compartir el poder con sus incómodos vecinos, los liberales. La posibilidad de controlar alcaldías y gobernaciones antes de los debates electorales se convertía en una garantía para el triunfo electoral.

En el Partido Liberal se enfrentaban dos posiciones: de un lado un sector compuesto en su mayoría por gaitanistas, que defendía la tesis de lograr apoyo popular al mantener una oposición beligerante al régimen, de forma que los sectores populares diferenciaron claramente entre liberales y conservadores. De otro lado, el sector oficial sostenía la importancia de compartir los puestos burocráticos, considerando que esto garantizaba control sobre la maquinaria electoral. Esta pugna resurgiría ante cada una de las contiendas electorales.